

*Madrid*

*Noviembre de 2015*

Cuando el timbre de llamada se superpuso al runrún de la PS4 recién encendida, Roberto Barrero lamentó no haber puesto el móvil en Modo Avión.

—¿Es que no van a dejar a un pobre lisiado echarse una partidita a gusto? — dijo en voz alta a pesar de estar solo en casa. Le gustaba hacerlo. A menudo imaginaba que era el protagonista de una serie de televisión y expresaba sus emociones a gritos para ponérselo fácil a los espectadores.

El móvil seguía sonando en algún lugar del salón. Roberto quitó los pies de la mesita de café y su voluminoso culo se alzó con dificultad del sofá. Localizó el teléfono debajo de la carcasa del *Battlefield 1*, cuyo menú de inicio ocupaba ya la pantalla del televisor. ¡Qué ganas de meterle mano y masacrar a unos cuantos cabrones virtuales! Pero para eso tenía que deshacerse del cabrón real que violaba su intimidad y su silencio.

Cogió el móvil, que había dejado de sonar, y estuvo a punto de arrojarlo a la otra punta del sofá; pero por curiosidad miró antes la lista de llamadas perdidas.

Paloma Blasco.

Suspiró aliviado.

Había hecho bien en no contestar. La novia de Jaime podía ser más pesada que un luchador de sumo tras un mes a base de cocido maragato. ¿Qué tripa se le habría roto? No hacía falta que se lo dijeran. Paloma estaba preocupada porque Jaime no le cogía el teléfono. Iba a poner el móvil a prueba de gente plasta cuando éste volvió a sonar.

—¡Joder con el puto teléfono! —bramó sobresaltado haciendo equilibrios con el aparato, que escupía insolente la sintonía de *Dr. Who*.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

Lo que faltaba. ¿Quién sería? El casero no pasaría a cobrar hasta el sábado, y aquella tarde no esperaba a nadie.

Decidió atender primero la llamada telefónica.

—No estoy —dijo. Y colgó.

—¿Cómo que no? —dijo una voz femenina procedente del otro lado de la puerta—. Abre, anda. Estoy aquí y te estoy oyendo.

Roberto se dio una bofetada. ¿Paloma le había llamado por teléfono desde la puerta de su casa? Debió haberlo supuesto, pero la convalecencia y tanto tiempo allí encerrado le estaban oxidando el cerebro. Por no hablar del cuerpo. Hacía tres meses que no se subía a la báscula por miedo a sufrir un infarto.

Se levantó del sofá resoplando y fue a abrir.

Paloma estaba al otro lado. Ansiosa, expectante, tensa.

—Jaime no está aquí —dijo él a modo de saludo, y se dispuso a cerrar, pero Paloma se lo impidió.

—Ya lo sé. Está en Egipto.

—Pues mira, ya sabes más que yo.

—Déjame entrar, por favor. Prometo que no te molestaré mucho.

—Eso es imposible. Ya me estás molestando mucho.

La réplica merecía una ráfaga de risas de bote, pero no hubo ninguna. Sólo la mirada suplicante de la novia de un capullo que una vez fue su amigo.

Sin embargo, hasta el corazón barnizado de cinismo de Roberto Barrero era vulnerable a una mirada así. Se apartó y abrió la puerta.

La figura menuda de Paloma entró en el salón y contempló el desorden. Latas de Coca-cola Zero vacías a un lado de la mesita, una manta cubierta de migas en el sofá y un jersey colgando del pomo de una puerta. Lo único limpio era un cenicero vacío a modo de nostálgico recordatorio de los días de fumador de puritos de Roberto, hábito del que se había desprendido por recomendación de un cardiólogo aguafiestas.

Paloma miró el menú del *Battlefield I* en la pantalla del televisor e hizo un gesto de extrañeza.

—¿Estabas jugando a eso?

—Iba a hacerlo.

—¿No eres un poco mayor?

—¿Sabes algo de tecnología? ¿No sabes que las puertas además de para entrar también sirven para salir?

—Vale, perdona. —Paloma soltó aire y dejó caer los hombros—. Iré al grano: estoy preocupada por Jaime.

—¡Chupito!

—¿Qué?

—Nada —Roberto se ajustó el elástico del pantalón por debajo de la barriga—. Déjame adivinar. Jaime está en Egipto. Le has llamado por teléfono y no te lo coge.

—Algo así.

—Pues no tienes motivos para preocuparte. Jaime ha estado en Egipto otras veces y, para nuestra desgracia, siempre ha vuelto. Seguro que está bien. Conoce el país como la palma de su escuálida mano. Si nació allí y todo, o al menos de eso presume.

—¿Pero es que no ves las noticias, Roberto? ¿Sólo juegas a los marcianitos?

—Las hay de varios materiales: metal, madera... Tienen dos posiciones. Hacia adentro y hacia afuera. Sólo tienes que girar el pomo y...

—Vale, vale... O sea, que no te has enterado del atentado en el Valle de los Reyes.

Aquello pareció captar ligeramente la atención de Roberto, que escuchó a Paloma contar cómo Jaime había sobrevivido casi de milagro a una explosión que había tenido lugar hacía sólo unos días en la tumba de Tutankamon durante la celebración de una rueda de prensa.

—Está en todos los informativos. ¿Ni siquiera entras en Twitter?

—No entro en ningún sitio —replicó Roberto—. No sé nada de lo que hay detrás de esa puerta. Lo único que me interesa del exterior es el pizzeria que viene de vez en cuando. Y sí, estoy al tanto de lo que ha pasado en Egipto, no soy tan anormal.

—Vaciló antes de continuar—. No es que me importe mucho, pero... ¿Jaime está bien? No me digas que estaba en la tumba cuando...

—Estaba, sí. Salió casi ileso de la explosión, pero los aeropuertos egipcios han estado cerrados hasta hoy. Ayer hablé con él por teléfono unos instantes, pero de pronto la comunicación se cortó y no he vuelto a tener noticias.

—¿Y eso te extraña?

—No. Pero había algo en su tono... parecía estresado, y se oía un ruido de fondo, como... no sé, parecía que los estuvieran persiguiendo o algo así.

—¿Los?

—¿Qué?

—Has dicho *los*, en plural. ¿Con quién iba?

—No lo sé. —La mirada de Paloma buscó algo en el techo, pero sólo vio pelusas—. Iba con alguien, se oían voces... Parecía en peligro.

—¿Jaime en peligro? Qué raro.

—Vamos, Roberto. No me puedo creer que no te afecte lo que te estoy contando. ¡Jaime era tu amigo! Lo que pasara entre vosotros no es motivo para que seas tan frío.

—Precisamente. Porque lo conozco como si lo hubiera parido esta barriguita retozona sé que se estaba haciendo el guay. Seguro que fingía que lo perseguía un ejército de momias poseídas cuando en realidad estaba dándose un garbeo por Khan el Khalili buscando alguna horrerada mitológica con la que decorar su dormitorio. Perdón, vuestro dormitorio. ¿De qué iba esa rueda de prensa, por cierto?

—Era la presentación de un robot explorador o algo así. Me prometió que volvería enseguida. Era nuestro aniversario, y...

A Roberto se le escapó una risita que ofendió a Paloma.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. Tu novio tendrá cada vez más canas, pero aún sabe cómo dar la espantada cuando le conviene.

—Jaime no ha dado ninguna espantada. Tuvo que irse para cubrir ese evento para la revista. ¿Tampoco te interesan las investigaciones en la tumba de Tutankamon?

—Ahora mismo sólo me interesa fundirme con el sofá y acabarme todos los videojuegos que hay en ese armario.

—Me parece fenomenal. Pero no me puedo creer que no estés un poco preocupado. Han reabierto los aeropuertos, pero él no ha vuelto. Ni siquiera ha hecho nada por ponerse en contacto conmigo. La última vez que hablamos por teléfono fui yo quien le llamó. Y... bueno, ya te digo que lo noté raro. Agitado. Como si le persiguieran. Luego se cortó la llamada y no ha habido manera de volver a contactar con él.

—Y todo esto después de casi palmarla en una explosión.

—Eso es.

—¿Has llamado a la embajada española en Egipto?

—Pues claro que he llamado a la embajada. Pero ya sabes cómo funcionan las embajadas, sobre todo en los países africanos. Me han asegurado que velan por garantizar la seguridad de los ciudadanos españoles que están allí en estos momentos, y que harán todo lo posible por localizarlo y bla, bla, bla...

—Y como no te han hecho ni puto caso has venido a verme.

—Sí, es una manera de decirlo.

—Muy bien, aprecio tu sinceridad. Pero tú y yo conocemos bien a Jaime y sabemos cómo las gasta cuando alguien intenta matarlo. Por cosas menos graves le he visto hacer las mayores estupideces. ¿Alguna vez te ha contado cómo nos conocimos?

—Me lo habéis contado los dos. Unos tres millones de veces. Lo de Sepúlveda, San Frutos, el báculo aquél...

—¿Y lo de Estepona?

—¿Estepona?

—¿No te ha contado nunca lo de Estepona? Era abril, o puede que mayo. Jaime y yo...